

FILOSOFÍA Y ESCRITURA

UNA APROXIMACIÓN DESDE NIETZSCHE ¹

Enrique Mac-Taggart L.

“Quiero escribir un libro que haga estallar
todos los libros”

F. Nietzsche, *La Ciencia Jovial*

Introducción

RE Al leer a Nietzsche, sea en alemán o en sus diversas traducciones, es fácil advertir las peculiaridades de su reflexión filosófica, la cual se engarza con un también peculiar estilo escritural. Un estilo cuyos rasgos más ‘a la vista’ son la concisión aforística y el trazo fragmentario como orden interrumpido del discurso. A esto se agrega una continua insistencia y hasta cierto punto complacencia en la inclusión al interior de sus escritos de la propia biografía y el anecdotario que la acompaña. Todos ellos, rasgos que colaboran a dar la impresión de un pensamiento que trata de hacer cómplice al lector, aunque a veces solo sea a través del tono fuertemente apelativo de sus asertos.

Pero hay un hecho que no se debe ‘desoír’: el efecto movilizador e inquietante que tienen los escritos nietzscheanos. Estos no cesan de producir un ‘efecto’ que va más allá de los libros y los tratados de estricta filosofía. Un efecto que se prolonga aun más allá de las ideas y de la mera lectura, queriendo incidir en la vida misma del lector, acompañándolo incluso una vez que éste ha interrumpido su lectura. Este efecto es inseparable del modo como el texto es concebido precisamente en la trama de su escritura. Ello, creemos, es lo que le da a su obra un carácter innovador y transformador propio de una genuina filosofía.

Es esta precisamente una filosofía que está construida no sobre la base de conceptos sino de “experiencias”, de ‘experiencias de pensamiento’. En esta perspectiva hay que inscribir esa especie de rechazo visceral de todo sistematismo conceptual que tipifica esta obra. No deja de llamar la atención, al recorrer estos escritos,

¹ Este texto es una reformulación de un trabajo que escribí durante el Seminario de Doctorado “El Nietzsche de Heidegger, en el primer Semestre Marzo-Septiembre 1995”. Constituye mi proyecto actual de Doctorado.

la 'ausencia', por cierto intencionada, de un vocabulario estrictamente técnico, o más bien, la renuncia a tecnificar el lenguaje, al abordarlo con talento -cómo afirman sus traductores- sin 'reservas', asumiéndolo en su retoricidad esencial. Sin duda que esto puede llevar a equívocos y suscitar la 'en parte falsa' idea de una filosofía al alcance de todos ². Cabe, sin embargo, otra posibilidad aún más radical: la reducción de la obra del pensador alemán al ámbito de lo 'meramente' literario, en el sentido de una 'mera' retórica hueca y vacía de contenido filosófico. Corolario de todo esto es la relegación que algunos quieren hacer de su pensamiento al campo de una antifilosofía. Una que ha renunciado 'expresamente' a la posibilidad más 'propia' del pensar: al rigor de los conceptos, a la pretensión de univocidad, a la 'voluntad' de 'sistema' que se supone 'debe' animar a todo pensar filosófico genuino. El texto que sigue a continuación constituye una hipótesis general de lectura, a la vez que un intento de clarificación de las interrogantes que se desprenden de lo señalado más arriba, las cuales dicen relación con la trama de pensamiento y escritura en la obra del pensador alemán.

Metafísica y escritura

A nuestro entender, el meollo de la filosofía de Nietzsche queda cifrado, antes que nada, en una 'suerte' de 'escritura'. Hay un pathos que recorre su obra y que es como un esfuerzo sostenido de 'pensar de otra manera', lo cual implica un escribir también 'de otra manera' o, en otras palabras: un pensar escribiendo. En donde el pensamiento o las ideas ya no son concebidas como algo dado previamente, sino que el pensamiento se constituye antes que nada como lenguaje y, por sobre todo, como escritura, en el acto mismo de escribir. Y es en esta perspectiva en que deben leerse, creemos, sus curiosidades estilísticas. Nos topamos aquí con un pensamiento vivo que busca abrirse paso en medio de la materialidad de un texto preexistente: el 'texto metafísico'. De allí proceden entonces sus 'excentricidades' de estilo y formulación.

En este sentido, los escritos nietzscheanos ponen en juego una subversión contra la llamada 'tradición del pensar occidental'. Esta subversión, sin embargo, opera de una forma inmanente al interior del texto mismo de la metafísica. Es decir, la metafísica es concebida antes que nada como texto y es criticada no tan solo a nivel de las ideas, sino primeramente en su textualidad, en tanto cuerpo que exhibe sus marcas, sus tics, sus deseos, como también sus represiones. El texto metafísico es uno que al 'escribirse' oculta y muestra, pero que por sobre todo pretende, al escribirse, borrar a sí mismo en tanto escritura, al borrar, por ejemplo, las huellas de su propia gestación

² Baste recordar la advertencia irónica del propio Nietzsche a modo de epígrafe tardío de *Así habló Zaratustra*: 'Un libro para todos y para ninguno'

en tanto texto. Un texto que se niega a sí mismo en tanto cuerpo y se propone como un orden de discurso ideal, escindiéndose de sí mismo. El texto metafísico es por ello un texto “enfermo”³, cuya corporalidad reclama una terapia ⁴.

La crítica a la metafísica, quizá, no sea sino esto: una práctica escritural, que va hasta cierto punto ‘más allá de la ideas’, en cuanto se quiere a sí misma como a contrapelo del platonismo y se propone como una puesta en obra del texto, como una ante-posición del texto, del cuerpo del texto o del texto como cuerpo sensible ante el cuerpo ideal y divinizado del logos.

Ahora podemos decir que esta ‘intención’ crítica, si es que cabe llamarla así, se expresa de una forma bastante compleja y, en principio, aparece como la sola falta de sistematicidad conceptual, como la ausencia de una palabra filosófica suficientemente elaborada, es decir: inexistencia de un vocabulario técnico, imprecisión conceptual, uso abusivo de la metáfora y sus diferentes figuras, fragmentación del texto, interrupción e inconclusividad, etc. Pero luego, si uno atiende a la propuesta más de fondo de todo el trabajo crítico nietzscheano, ya expresado de forma muy temprana en los escritos juveniles en torno a la filología⁵, se puede ver claramente allí una nueva forma de entender la filosofía como un ‘trabajo’ ‘con’ y ‘sobre’ el lenguaje en tanto escritura. Un trabajo por cierto arduo, por cuanto tiene que habérselas con ‘efectividad’ y ‘eficacia’, con el sistema de la metafísica en tanto cuerpo escritural, y en tanto tal como “cuerpo de afectos”.

Es ésta una tarea cuasi-científica, que requiere algo así como la exactitud del cirujano o la paciencia de un filólogo, pero por sobre todo una cuota muy grande de ironía y de ludismo. El resultado de todo ello es un ‘otro’ texto, uno que ahora exhibe con desparpajo ‘las condiciones materiales de su producción’, las anécdotas, los sufrimientos o dichas que lo pusieron en obra, como también, los pequeños incidentes, la ‘ínfima’ suerte de su gestación y de su interrupción.

Con todo, desde cierto punto de vista, esta práctica escritural está arrojada a una equivocidad y a una perplejidad permanente. Así, por ejemplo, si bien Nietzsche, por una parte, se sirve del sistema de oposiciones metafísicas, las cuales pueden ser reducidas a la oposición platónica entre “mundo verdadero” y “mundo aparente”⁶,

³ El tema de la enfermedad es también crucial en toda la obra de Nietzsche. Su obra se deja incluso articular bajo metáforas que indican los diferentes estadios de una enfermedad; aquí son particularmente relevantes los textos del período intermedio, como *Aurora* y *Gaya Ciencia*. Incluso todo el tema del nihilismo, puede ser leído como una dialéctica entre enfermedad-curación.

⁴ Es curioso que esta primera intención abiertamente expresada y tematizada a través de toda la obra de Nietzsche no haya sido tomada en cuenta, hasta donde sabemos, por las interpretaciones clásicas de su obra. El sesgo ontológico de la interpretación de Heidegger también deja fuera lo que creemos es el aporte central de esta obra.

⁵ Nos referimos aquí a textos publicados póstumamente y que conforman como una suerte de preparación pero también explicación y explicitación de muchas ideas que la obra publicada del pensador viene a poner en ‘acto’. Una parte de ellos ha sido traducido al español con el nombre de *El libro del filósofo*, Ed. Taurus, España.

⁶ *El crepúsculo de los ídolos*, parte 3. Editorial Alianza.

por otra parte, el resultado del ‘uso’, hasta cierto punto ‘paródico’ o ‘satírico’, del lenguaje dicotómico-binario de la metafísica y de los filosofemas en que ella se expresa⁷, conduce a una disolución de esos mismos términos y distinciones. De modo tal que, incluso palabras claves como “voluntad de poder”, “eterno retorno”, “superhombre”, como también la palabra “nihilismo” acusan una pluralidad de significaciones y de ‘sentidos’, que contravienen toda identidad o unidad propia del concepto, si entendemos por tal lo que la tradición ha entendido desde Platón hasta hoy. Ello hace que la propuesta nietzscheana aparezca como irreductible a todo intento de sistematización posterior. Esta irreductibilidad constituye una resistencia inmanente al propio texto. En otras palabras, podemos afirmar que en los usos terminológicos nietzscheanos se opera una suerte de estallido del concepto y del “principio lógico de identidad” que le es inherente. El texto de la metafísica es intervenido de esta manera de un modo explosivo que puede parecer a veces como un acto de ‘terrorismo filosófico’ y puede leerse como el proyecto de finalización o muerte (asesinato) de la filosofía, tal cual, por ejemplo, lo entendió posteriormente Wittgenstein.

Pero lo que los textos nietzscheanos echan a andar es una suerte de ejercicio de “desconstrucción” (abtragen)⁸ de un cierto ‘orden’ del discurso. Los conceptos son puestos ‘en juego’ al servicio de una práctica destructiva de la filosofía, de modo tal que ellos constituyen ‘una caja de herramientas’, no al servicio de la explicación teórica unívoca y lineal, sino que como en un taller, montando y desmontando sucesivas veces las partes del mecanismo, para mostrar su ‘modus operandi’. Esta práctica consiste precisamente en lo que Nietzsche denominara como “la tarea” del filósofo y que reconocerá como una tarea “ardua” en cuanto tarea de autorreflexión del lenguaje sobre sí mismo en pro de su autodesprendimiento del lastre metafísico⁹. Así, en muchos pasajes cruciales de la obra madura el lenguaje es remontado a sus quicios, al límite de lo que puede decir, lo cual deja al trasluz la perplejidad resultante de la pluralidad de sus efectos y significaciones, y la consecuencia más relevante de todo ello es la puesta en evidencia de la operación metafísica, como dispositivo de control y ordenamiento disciplinario del discurso.

⁷ No es necesario aquí dar mayores referencias, basta tomar al azar cualquiera de los textos más conocidos del pensador como ejemplo de lo que aquí se quiere señalar. Con todo *El crepúsculo de los Ídolos* puede servir de referencia más puntual en este caso.

⁸ El nacimiento de la tragedia, parte 1, Editorial Alianza.

⁹ La cita completa es como sigue: “Ahora para conseguir el conocimiento, hay que tropezar constantemente con palabras que se han hecho eternas y duras como la piedra, tanto, que es más fácil romperse una pierna que romper una palabra.” F. Nietzsche, *Aurora*, p.47. Este fragmento de Nietzsche tiene un eco en un texto de Heidegger cuando escribe “Ein ‘ist’ ergibt sich, wo das Wort zerbricht” (“Un ‘es’ se da, donde se rompe la palabra”) Más adelante, en el mismo texto, explica Heidegger: “Romper quiere decir aquí: la palabra resonante regresa a lo insonoro, allá donde ella es concebida... Esta ruptura de la palabra es el verdadero paso atrás en el camino del pensamiento”. M. Heidegger, *Unterwegs zur Sprache*, Neske, Pfullingen, 1959, p.216. Nuestra traducción está tomada de *La esencia del habla*, hecha por Yves Zimmermann, ed. Del Serbal-Guitard, 1979. p.194. *Ibid.*

Creemos que es esta voluntad de desmontaje del sistema de la metafísica lo que se sintomatiza en la propia escritura del pensador. Es hasta cierto punto fácil rastrear e interpretar esas huellas que impresas en su escritura (en el conjunto de ella) aparecen como un signo de imborrable e irreductible pluralidad, fragmentación, perspectivismo escritural y fracturación conceptual. En consecuencia con lo anterior, podemos asumir que este esfuerzo nietzscheano de pensar de otra manera se expresa también en el esfuerzo escritural de escribir de otra manera al intentar reescribir el texto filosófico volviéndolo contra sí mismo, haciendo decir aquello que no quiere decir, al volver la palabra hacia el silencio que la circunda: la palabra en tanto cuerpo sensible o escritura.

El nacimiento de la tragedia recuperación del texto olvidado

Es clave para una interpretación de Nietzsche en estos términos, la lectura de sus escritos juveniles. En ellos la crítica radical a la metafísica se expresa como una crítica centrada en el problema del lenguaje. Esta crítica tiene, hasta cierto punto, una expresión teórica, a la vez que está ya presente, como señalábamos anteriormente de una forma que podríamos llamar indirecta en la propia escritura del pensador alemán al asumir lúcidamente y a contrapelo los materiales lógicos, retóricos, gramaticales y semánticos que han servido de medios y de solaz a la tradición de pensamiento metafísico.

No queremos ahondar aquí sobre los estilos nietzscheanos;¹⁰ baste quizá recordar el famoso pasaje de *Crepúsculo de los ídolos*, que define el estilo como el “saber bailar con la pluma (y)... los conceptos”¹¹, sino tan solo indicar una de las direcciones hacia donde apunta la crítica nietzscheana a la metafísica y los medios que se usan para tal efecto.

En este sentido creemos que es clave la revisión de los escritos tempranos de Nietzsche, los cuales sientan las bases de sus derroteros más tardíos y en donde se evidencian, o por lo menos se explicitan, ciertos principios de comprensión y de estrategia discursivo crítica que luego se pondrán en acto en la obra posterior.¹²

¹⁰ Cosa que ya ha sido brillantemente realizada por un pensador francés actual, Jacques Derrida, en *Eperons (Les Styles de Nietzsche)* Flammarion, París, 1978.

¹¹ F. Nietzsche, *Crepúsculo de los Ídolos*, p.84, ed. Alianza, Trad. A. S. Pascual, 1973.

¹² Si es que no están ya presentes en estos mismos escritos. Existe una hermosa conferencia, creemos no publicada aún, del profesor Pablo Oyarzún, titulada “Quiasma”, que asume una interpretación del gesto escritural, que pondría en juego el texto nietzscheano en *Verdad y mentira en sentido extramoral*.

Es precisamente en *Verdad y mentira en sentido extramoral* donde se realiza una crítica al concepto en su pretensión de crear una “identidad” en “lo no idéntico”. Dicho escrito abre hacia un cuestionamiento del pensar metafísico, entendido en principio como un “olvido de la metáfora”¹³, en la instauración de la figura ‘ascética’ del concepto, figura que se tornará dominante en el discurso de la ciencia y la filosofía desde Sócrates en adelante. Tal “olvido”, como nos indican estos textos, implica una doble violencia. Por una parte, está el hecho, de índole “político”: de exilio de la metáfora en un intento de descontaminar el discurso de toda equivocidad, de ambivalencia o impureza y, en última instancia, de todo conflicto, como efecto de la materialidad del lenguaje y la pluralidad deseante que en él se expresa. Habría una ‘voluntad’ o ‘pulsión’ metafísica que ‘quiere’ someter la palabra al régimen del logos, en pro de la verdad monolítica y rígida de los conceptos. Ello se consolidaría en los textos platónicos¹⁴, donde la palabra conceptualizante de Sócrates intenta silenciar a la palabra opinante del sofista. Por otra parte, está la pretensión, aparentemente teórica y de orden ontológico, de reducir la pluralidad del acontecer y el devenir en la unidad disecada del concepto. Esta pretensión se consume en Platón en la reducción y subordinación de la diversidad sensible en la unidad de la esencia, de la ‘idea’. Y no es sino ésta la cuestión fundamental, lo que está puesto en juego y lo que se quiere develar en *El nacimiento de la tragedia*: este efecto racionalizante, reductivo y ascético del concepto. De forma tal que hay claramente en el entorno de este primer escrito todo un proyecto de reestetización del discurso, de liberar la palabra nuevamente en su pluralidad metafórica, lo que significa una apertura a la pluralidad constitutiva de sentidos y significaciones que la contiene y la precede. Ello puede leerse también como una ‘redención’ de la palabra, que ocurre cuando ella recupera para sí su cuerpo sensible al interior del propio texto filosófico.

Es incluso en esta perspectiva que la filosofía de Nietzsche puede ser interpretada de un modo bastante coherente, sobre todo, a partir del ‘*gesto escritural inicial*’, que la inaugura en tanto firma y escritura. Un gesto que pone una clara delimitación respecto de la filosofía anterior hasta Hegel. Por cuanto el texto se ofrece y se inicia a sí mismo como texto en la intersección de la cita. Lo citado es la metáfora, en tanto “depósito de mitos”. Una palabra que se muestra en su poderío expresivo sensible, en tanto cuerpo y en cuanto tal, habitada por plurales. El hilo metafórico de dicho escrito se eleva contra toda sujeción a ‘los órdenes eternos’ e idealizantes del concepto. De ahí, la radicalidad con que se asume la vinculación entre filosofía y poesía,

¹³ Como veremos más adelante, todo concepto no es sino resultado de una cadena de transposiciones metafóricas (que luego son olvidadas).

¹⁴ En *El nacimiento de la Tragedia* se señala en una ‘nota’ el hecho de índole anecdótico de que la conversión de Platón a la filosofía lleva a éste a quemar sus poemas, coherente con la visión posterior de Platón respecto a la literatura y al arte en general. La entrada de Platón a la filosofía pasa por el acto de autocastración de la palabra poética o de las aspiraciones artísticas de Platón en pro de una palabra centrada en el logos, ello acusa el giro predominantemente conceptualista a que se vería arrojado el pensamiento en el desarrollo griego posterior.

entre escritura y retórica, como asimismo la revaloración del arte y del artista como eje de la cultura, en los textos que sirven de preámbulo a *El nacimiento de la tragedia*".¹⁵

Sin embargo, la propuesta que aquí se nos ofrece puede llevar a equívocos, como el de pensar en una suerte de ingenua vuelta a formas más rudimentarias o primitivas del decir filosófico y no es ello lo que está realmente en juego. Puesto que lo que garantiza la coherencia del ejercicio crítico que aquí se nos devela, no es solo la presencia en el cuerpo de su escritura de elementos y figuras retóricas, que por lo demás siempre han estado presentes -de alguna manera- desde Platón a Heidegger, hay aquí una propuesta más radical, un gesto de otra índole. Ello consiste en la forma unitaria en que el texto se nos presenta, al 'hacer' lo que 'dice', o al escribir lo que menta.

En este sentido, no es una casualidad que la obra arriba mencionada se abra con dos metáforas: la de lo "Dionisiaco" y lo "Apolíneo". Es éste, por lo demás, un texto inaugural (una obra prima) que nos deja ver en el entreverado de su desarrollo, una cuestión más de fondo, que es el hecho de revincular la palabra filosófica a su origen retórico, de modo tal que es posible también ver en ella, en la palabra filosófica, su individualidad histórica, su deuda con la sensibilidad.

Pero, por sobre todo, lo que dicha obra nos dice o nos 'grita' es que no hay en última instancia una verdad que garantice a priori o que preceda 'la verdad' de lo que se dice, de lo que se escribe, como no hay un logos que preceda la escritura en su ejecución. En otras palabras, no hay un modelo, un texto genérico que pueda reglar y delimitar la escritura. Es el texto y solo él en su materialidad, que es siempre plural o híbrida, garantía de sí mismo, de su propia 'verosimilitud, de su propia coherencia.

En esta perspectiva, podemos decir que lo que *Nacimiento de la tragedia* como texto inaugural pone en evidencia, es la inconmensurabilidad del texto. Llevando a

¹⁵ Nos referimos aquí al *El libro del filósofo*: una serie de textos que, bajo el título de "Theoretische Studien" ("Estudios teoréticos") agrupan escritos póstumos de los años 1872, 1873 y 1875, que prolongan diversos aspectos de lo dicho en *El Nacimiento de la tragedia*. Según Holzer y Horneffer, editores del volumen X de la edición Kröner (a los cuales estos textos pertenecen), estos "Estudios teoréticos" debían ir agrupados con los esbozos de historia de la filosofía titulados "La filosofía en la época trágica de los griegos" y todos ellos estarían destinados a formar un volumen que tendría por nombre *El libro del filósofo*. En esta misma obra los editores incluyen una serie de escritos sobre el lenguaje, extraídos de la revista *Poétique* n°5, ed. Seuil, de París, cuya traducciones y anotaciones fueron realizadas por Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy. La gran mayoría de los textos pertenecen, al igual que los "Estudios teoréticos", al tomo X de la primera edición Kröner, de *Obras Completas* de 1895, con la excepción de un manuscrito que citamos en este trabajo, titulado: *Fragmento sobre el lenguaje*. Este último manuscrito es extraído del tomo I, de la edición, Beck de Munich, (*Historisch-Kritische Gesamtausgabe Werke und Briefe*) de 1933. Esta edición se detuvo, para las obras, en el vol. V, y para las cartas en el vol. IV. Confróntese G. Vattimo, *Introducción a Nietzsche*. "Ediciones de las obras y de las cartas y traducciones" pp. 186-187, ed. Nexos, Barcelona, 1987.

cabo algo así como una suerte de desbordamiento, de quiebre de fronteras, un sobrepasamiento de ciertos márgenes en donde ‘interesadamente’ se quería delimitar el lenguaje en tanto discurso filosófico. Es decir, lo que en este texto viene a acontecer es una suerte de rebasamiento explosivo del concepto y su hábitat: el libro, al ofrecérsenos él mismo primeramente como escritura, como cuerpo textual.

Con todo, esta propuesta escritural, encierra un doble peligro de reductivismo; en primer lugar, el de una suerte de esteticismo literario, en donde el discurso filosófico se agotaría en el efecto seductor de la palabra, a la manera sofística, dejando de lado toda intención teórica de alcance más universal y en segundo lugar, el del historicismo: como relativización de la conceptualidad filosófica, al someterla en el trabajo genealógico de sus términos y conceptos, a la “insignificancia” de su “origen”¹⁶. Pero ésta no es la única posibilidad de comprensión del gesto crítico que aquí se nos devela, entenderlo así implica seguir pensando metafísicamente, negando el soporte sensible del pensamiento o la materia más propia del pensar: su materialidad lingüística. Precisamente, una de las pretensiones de la crítica de Nietzsche al platonismo, puede consistir quizá en la percepción unificada de forma y contenido, más allá de toda oposición metafísica con todas las perplejidades que ello encierra. Aunque tal ‘trabajo’ o tarea no pueda sino moverse aún en las fronteras del sistema de la metafísica.

Metáfora e Infinito

Entender la filosofía como una reflexión sobre el lenguaje es, creemos, el mérito del pensamiento de Nietzsche, que lo hace un ‘filósofo del lenguaje’ “avant la lettre”. En diferentes pasajes de su ‘obra’¹⁷ nos encontramos con la idea de que la práctica teórica o conceptual es ya un rendimiento tardío y hasta cierto punto una práctica ilusoria, si se pretende con ella borrar la deuda metafórico sensible de todo conceptualizar. La reducción que opera el concepto no puede ser sino una ‘desviación’ de la práctica común del lenguaje.

La tesis fuerte en el escrito juvenil *Verdad y mentira en sentido extramoral* es la comprensión del lenguaje como un dispositivo retórico habitado por la metáfora. Detrás de cada concepto hay agazapada una metáfora, no es posible escapar a esta red metafórica, de transposiciones de sentido. No hay entonces un suelo firme del

¹⁶ *Humano demasiado humano*, aforismos 1, 2, 16, pp. 31-32, Ed. Aguilar. Confróntese también frag. 1, Frag. 44, “Origen y significación” en *Aurora*, Ed. Aguilar.

¹⁷ Por ejemplo en F. Nietzsche, *Verdad y mentira en sentido extramoral* en *Obras Completas*, Tomo I, p.397, ed. Aguilar, B. Aires, 1947 ...

sentido, toda palabra en tanto metáfora, nos reenvía irremisiblemente hacia otra cosa que ella misma. Ya no podemos apropiarnos de la verdad, tener propiedad sobre ella, sino más bien estamos ‘arrojados’ en la laberíntica comarca del lenguaje, obligados a ser transeúntes¹⁸, a recorrer su compleja y móvil geografía, surcada de lugares que se desplazan incesantemente. No hay sino “el juego de las máscaras” en este fluir de un significado a otro, en la cadena de significaciones y significantes. Esto tiene consecuencias fundamentales, por cuanto una vez desatado o cortado el ‘nudo gordiano’ que mantenía atado el sentido en la red de los conceptos (la metafísica consistiría en esa ‘red’, en ese ‘nudo’), el sentido se disemina y se multiplica a sí mismo, produciendo lo que Nietzsche llamará en *La ciencia jovial*: “nuestro nuevo infinito” y que sintetizara en la imagen de un mar que se prolonga sin límites. Este nuevo infinito en el cual consiste precisamente el lenguaje y en medio del cual es preciso aprender a navegar, ahora que ya no hay orillas donde atracar la carabela. Pero, si la filosofía ha consistido en un afán de dominio, de conquista y apropiación del sentido, como se expresa en un bello pasaje de *El Nacimiento de la tragedia*¹⁹ y la subordinación del arte, léase también del arte retórico inmanente y esencial al lenguaje mismo, entonces lo que el filósofo no ha podido borrar del cuerpo sensible de su texto es el *juego de la metaforicidad*, este juego está presente tanto en las superficies como en los “trasfondos” del texto filosófico, constituyendo un ‘otro’, irreductible: Un ‘otro’ texto, el cual permanece abierto a la “interpretación”.

Entonces, la operación ‘deconstructiva’ de la metafísica debe volver sobre el lenguaje y mostrar el ‘proceso’ de constitución histórico-empírica del pensamiento (el método genealógico), en sus múltiples redes de significación,²⁰ pero pensar significará por sobre todo habitar la lengua, lo cual en el caso de Nietzsche no se traduce solo en una ‘escucha’ o una reflexión parasitaria o contemplativa, sino se conecta a un trabajo poético de desciframiento y elucidación en un intervenir el lenguaje, reflexionándolo desde sus propias potencialidades sensibles y metafóricas, abriéndolo a sus posibilidades más extremas, reconociendo sus fracturas, como asimismo su pluralidad esencial, hasta ahora velada por la metafísica. Todo lo cual significa desprender el lenguaje, en buena medida, de las ataduras férreas del concepto.²¹

¹⁸ En *El cuaderno azul*, Wittgenstein elabora una sugerente metáfora sobre el lenguaje pensado como una ciudad laberíntica cruzada de calles y caminos.

¹⁹ F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, 15, pp. 127-128.

²⁰ Un análisis que se sabe infinito y que no pretende dar respuestas definitivas.

²¹ Este desprendimiento no puede ser leído como un acto de violencia, sino más bien de terapia y liberación de las fuerzas ocultas pero no ausentes, en el propio lenguaje.